
PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Rodolfo González Guevara
De la autoridad moral

Al marcharse del PRI, don Rodolfo González Guevara practica una vez más la congruencia que ha sido la divisa de toda su vida. Militante del partido oficial desde que nació con su sigla y organización actuales, hoy el priísmo lo avergüenza. Y a fuer de hombre digno se rehúsa a pertenecer a él. Nunca lo ilusionó demasiado el PRI, porque no se le ocultaba el talante del

Viene de la 1

alemanismo. Pero el líder obrero Heliodoro Hernández Loza lo persuadió de continuar en ese partido las tareas que había emprendido como dirigente estudiantil socialista. Pero sería un error suponer que don Rodolfo se quedó atrás, que no evolucionó y por eso no cabe en el PRI. No es así.

A pesar de su militancia de más de cuatro décadas, González Guevara es lo menos parecido a un dinosaurio. Al contrario, su prédica democratizadora y anticorporativista coincide con las proposiciones de los modernizadores a la última moda. Es un renovador. Y precisamente por advertir que el *aggiornamento* priísta (mejor sería decir, para estar a tono, su *up to date*) es una simulación ("mascarada", la llamó) se ha retirado. No lo rebasó el partido. El es quien lo ha rebasado.

Elegido diputado por el primer distrito.

de Guadalajara (mazatleco de origen se había hecho tapatío por formación), González Guevara vino a la ciudad de México con su esposa doña Elisa Macías, abogada como él, que acaba de pasar por un serio quebranto de salud, en 1952. A poco andar, fue nombrado presidente del comité directivo del PRI en el Distrito Federal. Y en ese carácter, los días 25, 26 y 27 de noviembre de 1953, participó en una reunión nacional de presidentes de los comités estatales. Según la crónica de Miguel Osorio Marbán, don Rodolfo dijo, desde entonces, que la función principal de su partido "consiste en crear conciencia revolucionaria para obtener democráticamente el triunfo electoral, y nunca podrá nuestro partido obtener un triunfo electoral legítimo si no se asienta en el propio pueblo, si no se constituye con la masa popular".

Entonces iniciaba don Rodolfo una presencia partidaria que duró diez años

en el comité capitalino, al cabo de los cuales fue llevado a la secretaría general del CEN cuando don Juan Fernández Albarrán que desempeñaba el cargo fue elegido gobernador del estado de México. Largo periodo de servicio directo a su partido, completado años más tarde con una breve estadía como delegado general en Hermosillo y como director del CEPES del Distrito Federal. Al cabo de esas tareas, don Rodolfo se retira, como una forma de condena a su partido, y con el ánimo todavía alerta para medir la posibilidad de crear uno nuevo.

Al escribir su renuncia, afiló el lápiz y lo convirtió en estilete. Hasta las apostillas, como de paso, encierran escepticismo: quién sabe si haya padrón priístas; se dirige al presidente del comité distrital, a falta de un comité seccional, que se supone debería estar vivo. Pero sus razones explícitas son de una contundencia irrefutable, al punto de que nadie desde dentro del partido ha intentado si-

quiera hacerlo:

a) La estructura sectorial es contraria a la democracia; b) la práctica gubernamental del partido es contraria a postulados básicos de la Constitución; c) la decimocuarta asamblea nacional "ha resultado la peor mascarada del PRI en su larga historia".

Los dioses ciegan a quien quieren perder, creían los antiguos. A pesar de la modernidad rampante la sentencia parece vigente hoy día. La ceguera del priísmo consiste en restar importancia a la dimisión, en soltar impropiedades contra el que se va, en creer que es un nostálgico de un pasado irrecuperable. En vez de someter a examen serio, a debate responsable las causas de la renuncia para afianzarse en sus posiciones y acciones si resulta que González Guevara yerra, o para enmendar si está en lo cierto, los dirigentes priístas fingen que no pasa nada. Puede ser que en efecto nada pase. Puede que sí.

María 18 sept/90